

INSÓLITOS ELOGIOS

Claudio Katz¹.

Los elogiosos comentarios que ha recibido Lavagna de muchos “opositores al modelo” resultan especialmente sorprendentes luego de conocida la letra chica del acuerdo con el FMI. Ha quedado confirmado que el ministro no promueve una “política heterodoxa”, sino la típica receta de ajustes del neoliberalismo. Algunas evidencias de este rumbo son el veto presidencial al incentivo docente, el mantenimiento del congelamiento salarial y dos medidas de genocidio social: recortes del gasto provincial que refuerzan el infanticidio de los menores desnutridos y el pago en cuotas de deudas jubilatorias, que miles de ancianos no llegarán a cobrar.

Quiénes defienden los “aspectos positivos” del convenio con el Fondo recurren al argumento del mal menor. Por eso consideran tolerable un tarifazo del 9% si se posponen aumentos del 30% e interpretan que el vaciamiento paulatino de los bancos públicos es mejor que su inmediata privatización. Pero la experiencia reciente demuestra que los ajustes no son alternativos, sino acumulativos. Una vez iniciados, se suceden unos tras otros.

Hay que tener mucha imaginación para afirmar que el ministro “se plantó firme ante el FMI”, olvidando que integra el gobierno que concretó mayores pagos en efectivo a los organismos internacionales. Lavagna no utilizó su habilidad negociadora frente a los hombres del FMI sino ante los medios de comunicación, para disimular que comprometió el 22% del presupuesto público con el pago de los intereses de la deuda y que aceptó aplicar los fuertes incrementos impositivos que exigieron los cobradores del Fondo.

Seguramente el ministro se enojó muchas veces con sus colegas del FMI. Pero estos malestares son la regla en el mundo de los negocios y resultan irrelevantes frente a las desavenencias que predominan entre los propios financistas frente al caso argentino. Mientras que los bancos más expuestos buscan la renegociación inmediata de las deudas impagas, las entidades más cubiertas son reacias a retomar estas tratativas.

Es cierto que Lavagna tiene una gran cintura política. Pero es evidente que actualmente ha puesto esta muñeca al servicio de los banqueros urgidos por cobrarle a la Argentina. Un default prolongado ya no afecta tanto a nuestro país que tiene el crédito internacional cortado, pero resulta gravoso para el BID o el Banco Mundial que se financian colocando títulos, cuya calificación decrece con la incobrabilidad del deudor argentino. También los bancos europeos presionan por retomar cuánto antes la negociación de la deuda a fin de neutralizar el privilegio de cobro que hasta ahora tuvieron los organismos internacionales.

En estas circunstancias, ni siquiera la decisión de no pagar con reservas fue un mérito de Lavagna. Todo el establishment apoyó esta actitud por una sencilla razón: las divisas acumuladas en el Banco Central no alcanzan para afrontar los vencimientos de los próximos meses. Además, la mayoría de los acreedores prefiere que el país cuente con algún respaldo en el Tesoro cuando se negocie la salida del default.

El ponderado Lavagna decidió premiar con varios millones de dólares a los comisionistas que organizarán estas tratativas y por eso alienta la sanción de leyes de impunidad judicial para todos los involucrados en las próximas negociaciones con los bancos. La expectativa de estas conversaciones es lograr alguna quita en el pasivo y cierto canje de títulos que permita disminuir los intereses o prorrogar los plazos de pago. Pero dada la magnitud de la deuda, ninguna de estas alternativas reducirá efectivamente la carga de la hipoteca. Y el problema más grave no es cuánto se paga de

¹Integrante de los Economista de Izquierda (EDI)

un pasivo virtualmente infinito, sino qué tipo de ajustes impone la continuidad de las negociaciones con el FMI.

Cuándo concluya su actual gestión, Lavagna habrá dejado una pesada herencia que será recordada por su sucesor para justificar nuevos atropellos contra la población. La factura transferida incluirá un monumental aumento de la deuda, resultante no solo de la devaluación y el achicamiento del PBI sino también del festival de bonos que ha dispuesto el ministro. Este socorro auxilia a los bancos que confiscaron a los pequeños ahorristas y canalizaron la fuga de capitales. Pero como Lavagna arbitra entre los grupos dominantes, no puede negarle a las entidades una compensación millonaria por la pesificación asimétrica, mientras sostiene la brecha cambiaria con subsidios a los exportadores o retribuye con tarifazos el fraudulento endeudamiento externo de las privatizadas.

Nadie ha felicitado hasta ahora al ministro por los créditos que otorgará el BID para financiar los subsidios a los desocupados. Estos préstamos -cuya pago recaerá sobre el conjunto de la población- no incrementan el monto de un aporte (que apenas cubre el 38% de la canasta básica de alimentos), pero que contribuye a fijar un nuevo piso salarial de 150 pesos. Si el subsidio es además aceptado por muchas empresas, Lavagna habrá logrado una sensible ampliación del trabajo precarizado, carente de cobertura sanitaria y previsional. Por estas acciones el ministro goza actualmente de un estado de gracia entre los grupos empresarios que incentivan un abaratamiento estructural de los salarios para consolidar el modelo de factoría exportadora.

En la Argentina devastada ya se ha visto de todo. Pero resulta todavía insólito observar los elogios que un amplio espectro de economistas del progresismo le propina al ministro del ajuste. Probablemente este aval indica que los opositores carecen de un proyecto alternativo y -como ya ocurrió con Cavallo- preparan los aplausos para el funcionario que ocupe el ministerio cuando la recesión concluya. Presentarán en ese momento un resultado objetivo del ciclo económico como un mérito de algún hombre providencial que ha salvado la economía. Pero afortunadamente no todos han perdido el sentido de realidad. El engaño respecto a Lavagna cuenta con pocos adherentes.